



Año III.

Castellón 15 de Agosto de 1883

Núm. 64

SUMARIO. La ambición, por R. S. de la Plaza.—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: El duelo, por M. Meseguer Ganell.—Mi ideal. A mi amiga C..... (poesía) por Antonio Giménez Verdejo.—Consideraciones sobre la novela, (conclusión) por J. Chillida Meliá.—Pedazos de una historia, (poesía) por El Cantor de Mayagüez.—Historia de un loco contada por el mismo, por Rafael Blasco.—Correlación, (poesía) por El doctor Pésimo.—Cosas de Fulano, por Urbano González Serrano.—La hiedra y el olivo, (poesía) por J. Martí Folguera.—El fondo del Mediterráneo.—Lo que somos tú y yo, (poesía) por Pedro Sañudo Antrán.—Antiguas costumbres sobre el casamiento, por Rafael Sevilla.—SECCION DE AGRICULTURA: Conservación de frutas, por A. M.—Enfermedades más comunes de las plantas y medios de curarlas, (conclusión) por Antonio Lahorra.—Crónica de la quincena.—SECCION OFICIAL, administrativa y de consultas.—Cubiertas, anuncios.

LA AMBICION

HE aquí una de las pasiones más familiares al hombre, más halagüeñas, más perjudiciales y que más imperio ejercen sobre su corazón. Cuando alguno se deja dominar por ella, pierde su libertad, es su esclavo, conviértela en su ídolo favorito, y cuanto vé, cuanto mira y cuanto toca, tiene por término aquel bello ideal que llena su mente y tiraniza sus potencias. Así, ese negro vicio se deifica, y, á pesar de su enormidad, tiene un altar en aquel corazón; y entonces el hombre, olvidándose de Dios, pone en aquella sus miras y la esperanza de su felicidad. Desde aquel momento nada encuentra que pueda saciar sus deseos, nada que mitigue su zozobra, nada, en fin, que llene el vacío que constantemente experimenta: las ilusiones se suceden unas á otras, y si alguna vez ha conseguido lo que ansía, la misma ambición le crea nuevos deseos, y es en este mundo el *Tántalo de la Fábula*, con el agua junto á los labios, sin poderla jamás gustar; ó la viva imagen del hidrópico que, por más que bebe, no llega nunca el término de apagar su sed.

¡Infeliz! separado del camino que conduce á la verdadera dicha, ha colocado su esperanza en un vicio; y, por

consecuente, en la consecución de su deseo encuentra tan sólo su mayor castigo.

¿Qué le importa ascender? qué dominar? qué ensoberbecerse, si ese ascenso, si ese dominio, si esa soberbia, jamás podrán llevarlo al término de su esperanza? Humille á los demás, tiránicelos, aglomere riquezas, véase en esplendorosa gloria y mire con desdén y hasta con desprecio á sus semejantes..... siempre será un objeto digno de lástima, un esclavo de sí mismo, un miserable juguete de ambición, destinado á sufrir todos los horrores de la esclavitud; y por más que sus cadenas sean doradas, por más que se desvanezca entre sibaríticos placeres, siempre vivirá mortificado por un disgusto interior, que acibarará sus dichas y llenará de amargura su existencia.

¿Para qué sirve en el mundo un sér tan desgraciado? Vilipendie á los otros en buen hora; olvídense del bien público; viva sumido en criminal egoísmo..... nada le satisface, nada puede mitigar su ambición. Hay más: nada puede tampoco pensar que sea digno del hombre, si por otra parte no vá unido á sus miras; porque tan feo vicio ha concluido por tiranizar su inteligencia, presentándole como fútil todo lo que no conduzca á su fin. Así es que, poseído por él, sólo se ocupa en buscar medios de realizar sus ilusiones, y para ello maquina, intriga, en

nada repara, todo lo arrostra; y si preciso le fuere para conseguir sus intentos sacrificar la fortuna, la fama y aún la vida de sus semejantes, no titubea en inmolar tan caras prendas en las degradantes aras de su ídolo, caminando en el mundo ciego y sin guía y encontrando inquietudes y desventuras allí donde creyera hallar tranquilos goces.... Y es que el genio del mal le guía en todos los instantes de su vida, y ávido de su perdición, de mil maneras se la proporciona, bebiendo en la dorada copa del vicio el más mortífero de los venenos ¡el que mata el alma! ¡Tal es la ambición!

Y sin embargo, una ambición noble, una ambición nacida de la rectitud de espíritu, fundada en la abnegación de sí mismo, para consagrarse al bien de sus semejantes, es siempre heroica, pues caminando por los senderos de la equidad y de la justicia, busca la felicidad general y se sacrifica por ella: ambición santa, que pone en sus talentos, las fuerzas, la riqueza y aún la propia existencia, si necesario fuese, sólo por la prosperidad y engrandecimiento de la patria.

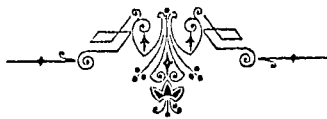
Pero tan común como es aquella, es esta rara, y pocos hombres pueden con satisfacción decir: «busqué la felicidad de mi patria; busqué el bien de mis hermanos: dejo la espada con que la salvé y la toga con que los hice felices, y cual los *Fabricios* y *Cincinatos*, me vuelvo al seno de mi hogar tranquilo, sólo con sus bendiciones, sin albergar en el fondo de mi pecho el menor pensamiento que pueda publicar un deseo siniestro que me ruborice, nada que perturbe la tranquilidad de mi espíritu.»

Así, pues, no es extraño ver con frecuencia truncados los mejores sentimientos; cubrirse con el manto de *Astrea* la injusticia, con el de la verdad la mentira, y engalanarse con los atavíos de la virtud, la astucia y el engaño, orígenes del vicio y del crimen, hasta que por fin se rasga el antifaz que los encubre, y aparece en toda su deformidad, reconcentrados en lo interior de un corazón depravado y que, á manera de volcán, prepara todos sus combustibles para anunciarse entre columnas de fuego y torrentes de lava, concluyendo por abrasar cuanto se les acerca. Entónces es cuando el hombre se nos presenta verdadero esclavo de su ambición, y nada perdona á trueque de conseguir su objeto culminante, gozando su corazón allí donde debía estremecerse, alegrándose donde llorar debiera y mostrando vanidad en aquello que más le envilece.

¿Y por qué muchos se hallan dominados por este repugnante vicio tan perjudicial á la sociedad? ¿Existe por ventura, en los que, arreglando sus costumbres á los principios de la verdadera moral aman el trabajo, el estudio y el bienestar de sus semejantes; en aquellos que, con su ejemplo y doctrinas, enseñan al que ménos sabe y protegen al que más abatido se halla, ó en los que se afanan por engrandecer é ilustrar su país, su patria, todo el mundo? ¡Responded, hombres de torpe y villana condición! ¿Por qué no dirigís una mirada de consuelo en favor de los hombres, vuestros hermanos? ¿Es, sin duda, porque la codicia oscurece vuestra razón, os ciega, ó porque jamás os habeis detenido á analizar el lastimoso cuadro que la sociedad os presenta á cada paso, ó porque

nunca ocupó vuestro pensamiento el fin para que os colocó en este mundo el Autor de la vida?

R. S. de la Plaza.



Sección Científico-Literaria

EL DUELO

El duelo no fué conocido por la civilización antigua. Háblanos la historia de combates singulares que le parecen, pero que no lo eran, como no lo fué el más notable de ellos, el de los tres hermanos Horacios y los tres Cuviacios, en que se disputó la supremacía de Roma ó de Alba. El hecho de Horacio Cocles combatiendo sólo contra el ejército de Porsenas en el puente del Janículo para que sus conciudadanos tuviesen tiempo de cortarlo, no fué tampoco un desafío temerario: fué un acto de abnegación y heroísmo.

El duelo nos viene de los bárbaros del Norte, y sólo empezó entre nosotros en la Edad media. Un fenómeno que no se explican los filósofos é historiadores, pasó (y en parte está pasando, dicen) con esta costumbre bárbara. Tal es el de que, á pesar de condenarle el cristianismo, tan arraigado en aquella edad, se extendió de tal manera en las naciones latinas, que degeneró en monomanía social, y los paladines y caballeros andantes iban por esos mundos en busca de quimeras y aventuras para poder desafiar y batirse con toda clase de follones y malandrines. La locura llegó hasta el extremo de que un fraile franciscano publicase la vida de San Francisco como caballero andante de la caridad y pintase el santo en la portada de su libro armado de todas armas. Fué necesaria la terrible sátira del héroe manchego de nuestro inmortal Cervantes, para curar aquella enfermedad social.

La parte que toca á nuestra edad del fenómeno en cuestión, es que á pesar de estar condenado el duelo por las leyes civiles y eclesiásticas y por la civilización moderna, todavía apelan á él los ciudadanos como medio corriente de desagravio. ¿Será necesario un nuevo don Quijote que haga patente en nuestros días lo que de ridículo, tonto, vano y bárbaro tiene esta costumbre?

Es *ridícula*, porque es contraria á la sociabilidad; es *tonta*, porque no tiene razón de ser; es *vana*, porque no repara la ofensa, y aún cuando perezca en el duelo el ofendido, la sociedad se ríe del vencido como se ríe de la defensa, y es *bárbara* porque atenta á la vida de un hombre.

El sentido social está en esta parte muy pervertido. Leimos hace poco un desafío entre dos andaluces, y aprestados ambos al combate, navaja en ristre, exclamó

el más valiente: «aquí.» Y contó quéate tú, compadre. Y se largó.

¿Quién dirías *bardo?* Pues ni fué el más prudente.

Sin embargo, y amparar acaso to en la vida social.

Eso de crear rompiendo la caral y de los tribuna nuestra edad.

valiente el que contrario: se acre

El ofendido é legales y nunca ranamente ridículo

que un sugeto d do por otro en

espada y el requ dose de los que bien. La fatali

da le diese un b y éste se viese puñetazo que hiz

En efecto: p legales, y para defensa, no hace

El duelo, ader ciones que se lla

Buena instituc de honor, de que mir el duelo, tan

es que estos tribu nas, porque desg sonas que pueden

Lo más genera espada ó pistola; zan el pugilato ó

Norte prefieren l del bosque y con

El que primero su contrario, suel

En España suel especialmente en y Valencia.

Cuánto desdica de la dignidad h es lo más chocan

otro lo hacen mo Esto nos revela

nidad del hombr falta aún que and ción, que rechaza miembros de la s marse propiame *razón* no sustituy

el más *valiente*:—«Compare: uno é los dos ha de quear aquí.» Y contestó el otro al ver tal resolución:—«Pues quéate tú, compairito, que yo jago farta á mi familia.» Y se largó.

¿Quién diríais que fué aquí el *valiente* y quien el *cobardo*? Pues ninguno fué lo uno ni lo otro. El segundo fué el más prudente y nada más.

Sin embargo, ya vemos reir á los lectores de la salida y amparar acaso su *cobardía*. ¡Tal es la fuerza del hábito en la vida social!

Eso de creer que el honor personal queda reparado rompiendo la cabeza al ofensor, prescindiendo de la moral y de los tribunales, es la observación mayor que sufre nuestra edad. Otra observación enorme es creerse más valiente el que desafia ó tiene la suerte de matar á su contrario: se acredita de más bruto y nada más.

El ofendido debe exigir la reparación por los medios legales y nunca haciendo el matón, porque esto es soberanamente ridículo y salvaje. No hace mucho tiempo que un sugeto de la provincia de Tarragona fué requerido por otro en desafío. El requeridor era hombre de espada y el requerido civil. Este rechazó el duelo, riéndose de los que por ello le creían *cobardo*, é hizo muy bien. La fatalidad hizo más adelante que el de la espada le diese un bastonazo al *cobardo*, en un pasco público, y éste se viese obligado á rechazar la agresión con un puñetazo que hizo rodar al otro por el suelo.

En efecto: para reparar las ofensas, están las vías legales, y para rechazar una agresión brutal en propia defensa, no hacen falta padrinos ni zarandajas.

El duelo, además de salvaje, es ya ridículo en las naciones que se llaman civilizadas.

Buena institución sería la de los llamados tribunales de honor, de que se ha hablado varias veces, para suprimir el duelo, tan frecuente aún en nuestros días. Verdad es que estos tribunales sólo servirían para contadas personas, porque desgraciadamente aún son contadas las personas que pueden llamarse verdaderamente civilizadas.

Lo más general en los duelistas europeos es batirse á espada ó pistola; en Inglaterra, entre ciertas clases, utilizan el pugilato ó riña á puñetazos, y en la América del Norte prefieren los desafíos partir para un punto dado del bosque y con el rifle cazarse mutuamente como fieras. El que primero divisa, escondiéndose entre las matas, á su contrario, suele ser el vencedor, por lo certero del tiro. En España suele utilizarse al efecto la *popular* navaja, especialmente entre ciertas clases de Andalucía, Aragón y Valencia.

Cuánto desdice el duelo, cualquiera que sea su forma, de la dignidad humana, está al alcance de cualquiera. Y es lo más chocante que generalmente los que desafían á otro lo hacen movidos de su *dignidad ofendida*.

Esto nos revela cuan errado concepto tiene de la dignidad del hombre el común de las gentes, y cuánto nos falta aún que andar para llegar á la meta de la civilización, que rechaza todo acto de fuerza y grosería entre los miembros de la sociedad. En efecto, ésta no puede llamarse propiamente civilizada, mientras la *fuerza de la razón* no sustituya en todo y para todo á la *razón de la*

fuerza. La arraigada costumbre del duelo para redimir querellas, es la mayor prueba de que nos hallamos aún muy lejos de tan envidiable estado, porque el duelo es la expresión de la fuerza de la animalidad humana, y la negación de su espíritu es el instinto brutal de la materia que aún domina las aspiraciones espirituales, generosas y civilizadoras del hombre social.

El perdón de las injurias, que preceptúa el cristianismo, es letra muerta en nuestra sociedad, y lo ha sido siempre, á excepción de los mártires y santos. La caridad, la humanidad, la abnegación, tienen aún escasos partidarios, *de obra*, aunque muchos, infinitos, *de palabra*.

La petulancia, la vanidad, la soberbia, el amor propio exagerado dominan generalmente en las relaciones sociales, aunque con disfraces más ó menos hipócritas. A medida que avanza el perfeccionamiento de la sociedad, desaparecerán el duelo y otras costumbres que miramos hoy como cosas naturales y corrientes (si no meritorias) y que no son sino repugnantes úlceras del cuerpo social.

M. Meseguer y Gonell.

MI IDEAL

A MI AMIGA C....

Me acusas de voluble, de inconstante,
de que, mintiendo á todas,
ni busco amores, ni ilusiones siento,
y mis frases más dulces son lisonjas.

Misterios tiene el corazón del hombre
insondables á veces,
yo te descubriré los que en mí guardo
y verás como entónces me comprendes.

Un sueño extraño de mi mente loca
grabado está en mi alma,
de tan absurdas formas revestido
que es ángel y mujer, demonio y hada.

En sus ojos azules arde el fuego
del sol del mediodía;
y en este fuego se columpia un alma
que canta al mismo tiempo que suspira.

Una nota tristísima de Schubert,
el fulgor de una estrella,
del ardiente simoun el soplo fiero,
son, mezclados, su sér, su amor, su esencia.

Y porque es un delirio, un imposible,
que no existe en el mundo,
os amo á todas, porque en todas veo
algo, de ese imposible que yo busco.

Antonio Giménez Verdejo.

CONSIDERACIONES SOBRE LA NOVELA

Conclusión (1)

No hemos de hacer en este sitio la filosofía del naturalismo; pero no podemos menos que decir algo, sobre la influencia que puede ejercer en las diferentes esferas del arte.

¿Satisface á las apariciones humanas el realismo?

Para hacer al hombre desgraciado, sólo sería necesario hacerle respirar siempre la fría atmósfera de la realidad.

La inteligencia, ese privilegio del rey de la creación, es una obra de Dios, y como á tal, la objetividad intelectual refleja más ó menos completamente la subjetividad deífica.

Lo absoluto, conteniendo á la verdad, á la belleza, á la justicia, á la ciencia, pulula en nuestra mente, manifestándose por un deseo vago no satisfecho nunca, por aspiraciones indefinibles que nos arrastran al estudio de todas las cosas, por vehementes deseos que torturan nuestra vida, al estrellarnos contra los escollos de nuestra impotencia, apartándonos siempre de la realidad.

Aquí en el mundo real, encontramos siempre lo relativo: la ciencia, pobre é incompleta, una belleza que acaba por el hastío, una virtud truncada, la justicia amasada muchas veces con la iniquidad, y nuestra alma, que es, digámoslo así, lo absoluto-relativo, lucha por apartarse del último y aletea inútilmente para llegar al primero.

Diógenes, encerrado en su tonel y con la linterna en la mano, buscaba al hombre. ¡Qué sarcasmo! han dicho unos. ¡Pobre loco! han repetido los otros; y sin embargo, en este caso concreto, el sentido común, la conciencia universal, ha perdido el pleito.

La razón de un solo nombre, ha podido más que cien generaciones. Diógenes buscaba al sabio, al filósofo, y no lo encontraba porque no existe.

Efectivamente; si representamos las diversas partes de la ciencia por unidades simples, su conjunto vendrá á arrojar una cantidad casi inconmensurable; fijando esta cantidad como el tipo de una unidad de orden superior y que encabezara una progresión aritmética, se necesitaría una serie indefinible de cantidades para llegar á la ciencia absoluta, que representaremos por el signo ∞ .

Ahora bien; ¿qué sitio ocupan en esta escala, los que el mundo llama sabios? ¿De cuántas unidades simples está compuesta su ciencia?

El que puede abarcar dos ó tres ramos del saber, posesionándose de ellos, puede considerarse como una capacidad excepcional. No creo, pues, que cuatro unidades al lado de una cantidad de millones de millones, puedan considerarse, sino, como lo infinitamente pequeño dentro de lo relativo.

Esta es, pues, la realidad. El hombre tiene precisión de idealizar su ciencia para resolverse en la atmósfera del placer; la inteligencia del sabio se corona de ilusiones,

(1) Véase el número 62.

para tender el vuelo hacia regiones á las que nunca podrá llegar; sus ojos recojen ávidos una belleza intensa pero ficticia, que no puede existir en la miserable ciencia que atesoran.

¿Qué sería de la sociedad el día en que el hombre se convenciera de su ignorancia!

Si el naturalismo asfixia la ciencia, mata de una manera certera la poesía.

¡La realidad! este nombre espanta verdaderamente.

El mundo moral se compone de realidades que no se sueñan y de ilusiones que no se realizan.

¡Ay del sér que no tiene ilusiones! es como una flor sin perfumes, como un árbol sin follaje, como un cielo sin sol.

¿Qué sería de la poesía, si no idealizáramos los elementos de que consta? Las auras vagan eternamente entre las flores aspirando sus deliciosos aromas; el amante céfiro suspira enamorado sobre sus matizadas corolas; ellas mismas se cuentan silenciosas sus misteriosos amores; el murmurador y juguetón arroyuelo las aprisiona cariñoso entre sus brazos inundándolas de eterna frescura; pero cuando el poeta se extasia en estas contemplaciones, cuando su pluma vertiendo raudales de inspiración se desliza rápida sobre el papel, una despiadada mano la detiene bruscamente.

Es la mano del realismo, que le hace ver que las auras no son mas que un viento suave originado por un desequilibrio entre los elementos de la atmósfera, que las flores son vegetales inocentes, y que el arroyuelo es una combinación química de oxígeno é hidrógeno, guiada por las fuerzas físicas.

Arrebatadle al poeta los silenos de los bosques, las ninfas de los mares, las náyades de las fuentes, las Oréades de las montañas, y adios poesía.

Despojadla, en una palabra, de los dioses de la mitología, de esos delirios, tan antiguos como el hombre, transmitidos por la tradición, y la habreis inutilizado.

El poeta se distingue de los de su especie, precisamente, porque vive en un mundo imaginario, pero muy parecido al ideal de ultratumba que perseguimos.

Existe una época en la vida del hombre, en la cual el amor le hace sufrir una bella metamorfosis; le convierte en literato y poeta.

Esta época es la juventud, absorbida por completo por el amor.

¡Qué libro más curioso se formaría, coleccionando todas las páginas de los fanáticos adoradores de Cupido!

Todos convienen en que esta edad es la edad de los placeres y de la felicidad. Pues bien; sin el idealismo no existiría el amor.

Y si no, someted la mujer que amais con tanto delirio y frenesí, al severo fallo de la realidad.

Sacudid primero de vuestro sér el tupido velo de la pasión que os ciega; y vuestra amada, de ángel se habrá convertido en una mujer cualquiera, vulgar, adocenada. Habrán desaparecido ya aquellas infinitas perfecciones, que cual radiante aureola la circundaba constantemente, y comenzareis á entrever genialidades pueriles, coquetaría, afición al lujo, ignorancia y otros defectillos bastante

generales, que, a gran número de

Dad un paso a la realidad; dadle a cada una de sus joyas, a cada una de sus trenzas de oro; seguidla; encontrareis algunas de vuestras ilusiones. El hombre es escudado; los acabados, eminentes; el tuyo, un conjunto de la mujer representado en sus detalles.

Teneis delante prodigais tantas ilusiones.

Ya lo sabeis, el mayor enemigo; las cumbres de la realidad para siempre.

El naturalismo de los pintores idealistas; la corona de la realidad; los brotaron dioses; la más hermosa Venus; ideal, que cual diosa creadoras; y estos dioses, que de naturalismo.

Pues si fatal es y en el arte, en la

Es de tal género tomar tan al pie de los argumentos de ciertos personajes; no ce al repasar su

¿Y qué tipos de novelistas?

Generalmente, intrigantes de si el amor y por el una categoría falsa postergadas por la palabra, pretendiendo, illes, esa parte de crápula y del liber

Forman una métrica crímenes, dejando sólo con correctivo

La *Nana* de Zola; pregnada de toda morir de viruelas de un escritor tan siquiera los honores ridículo.

Esta literatura p contingentes de la

Exposición clar despierta vivamente

generales, que, aunque no en todas, suelen observarse en gran número de mujeres.

Dad un paso más; despojadla de sus atavíos, arrebatadla sus joyas, arrancad las flores de su cabeza, deshaced las trenzas de su cabello y dejadlo flotante y desordenado; seguidla en todas las funciones de la vida, y encontrareis algunas de ellas que acabarán de marchitar vuestras ilusiones. Finalmente, así como la figura del hombre es escultural, de elegantes formas, contornos acabados, eminencias salientes y estatura regular, constituyendo un conjunto estético bastante perfecto, la figura de la mujer representa un tipo feo en su conjunto y ridículo en sus detalles.

Teneis delante, pues, la fotografía de ese sér al que prodigais tantas alabanzas y que divinizais á cada momento.

Ya lo sabeis, queridas lectoras, el realismo es vuestro mayor enemigo; el día que descienda ese mónstruo desde las cumbres de la teoría al terreno de la práctica, bajaréis para siempre de vuestro trono.

El naturalismo es enemigo del arte. Nuestros clásicos pintores idealizaron sus producciones y conquistaron la corona de la inmortalidad. Del cincel de los escultores brotaron dioses y mónstruos, estatuas colosales, hermosísima Venus: encarnaciones plásticas de la belleza ideal, que cual divina llama inundaba de luz sus mentes creadoras; y estos monumentos serán testigos mudos, pero elocuentes, que desafiarán á todos los discípulos del naturalismo.

Pues si fatal es su influencia en la ciencia, en la poesía y en el arte, en la novela es lo todavía más.

Es de tal género el realismo de hoy, se ha querido tomar tan al pié de la letra esta palabra, que muchos de los argumentos de las novelas se toman de la vida de ciertos personajes, que el lector fácilmente adivina y conoce al repasar sus páginas.

¿Y qué tipos prefieren hacer blanco de su pluma estos novelistas?

Generalmente, tipos que repugnan al sentido moral; intrigantes de siempre, nobles libertinos arruinados por el amor y por el juego, mujeres de mundo elevadas á una categoría falsa por su hermosura ó mujeres grandes postergadas por sus vicios y abominaciones. En una palabra, pretenden pintar con todos sus asquerosos detalles, esa parte de nuestra sociedad que vive sólo de la crápula y del libertinaje.

Forman una mezcla descomunal de pasiones, vicios y crímenes, dejando casi siempre impunes los primeros y sólo con correctivo los últimos.

La *Nana* de Zola, después de una vida depravada impregnada de toda clase de vicios, recibe por todo castigo morir de viruelas en un hospital. Esto, si no se tratara de un escritor tan zarandeado como Zola, ni merece tan siquiera los honores de la crítica, pues hasta raya en lo ridículo.

Esta literatura puede reunir muchas de las condiciones *contingentes* de la novela, pero nunca *la esencial*.

Exposición clara y exacta, un nudo complicado que despierta vivamente el interés del lector, situaciones difi-

ciles y caracteres descritos con toda la fidelidad posible, un desenlace inesperado pero armonizando con la acción principal, son todas estas condiciones que aumentan los quilates de bondad de estas composiciones literarias, pero no la esencial que debe reunir como obra de arte, que es la belleza.

¿Y en qué consiste esta belleza? La belleza de las novelas de costumbre que es á la que nos referimos, consiste en la elección de personajes y situaciones de la vida real que no ofendan á la moral, en hacer resaltar la virtud, en oprimir el vicio y atacarlo hasta en sus últimas trincheras, en hacer triunfar siempre, absolutamente siempre, el bien, idealizando los premios y castigos si no existen en la vida real; en *instruir al lector*, enseñarle á inducirle á la práctica de las buenas costumbres, en crear en su corazón buenos hábitos, haciéndole amar la vida de familia santificando el hogar y neutralizando de este modo los gérmenes de corrupción que pueda haber en su corazón, en difundir una ilustración sana en todas las clases sociales, apartándolas de la ignorancia y del fanatismo; he aquí el fondo que debe buscarse en toda novela.

¿Qué me importan las impresiones que recibo con la lectura de una novela, sosteniendo siempre vivo el interés, excitando en mi alma el odio unas veces á la más extrema simpatía, otras hacia sus protagonistas, si el fruto que he de recoger ha de ser ponzoñoso, envenenando mis sentimientos?

La novela debe perseguir un fin moral manifiesto, reflejándole en todas y cada una de sus páginas.

La novela naturalista no llena este fin, no reúne la belleza de las obras de arte, enseña en sus páginas el vicio y la pasión con toda su desnudez, corroe el corazón y marchita las ilusiones que constituyen la felicidad humana.

Se me objetará que son difíciles de encontrar los tipos que yo indico; precisamente por eso soy idealista, porque cuando no se encuentran se pueden crear, idealizando los tipos conocidos.

Terminaré, repitiendo con Bacon *que los objetos del mundo no llenan el ánimo, ni le satisfacen enteramente; buscamos alguna cosa que ensanche más el corazón: apetecemos hechos más heroicos y brillantes; acacimientos más variados y maravillosos; un orden de cosas más espléndido, una distribución más general y justa de recompensas y castigos que los que estamos viendo.*

¡Desgraciada sociedad, si las corrientes del naturalismo no se detienen! ¡Ay de la ciencia y ay del arte informados por este criterio!

J. Chillida Meliá.

PEDAZOS DE UNA HISTORIA

Escucha atenta, te ruego,
y grábate en la memoria,
estos pedazos de historia
que ayer aprendí de un ciego.

Una mujer muy hermosa.....
frases de amor..... juramentos.....
sonrisas..... arrobamientos.....
un abanico..... una rosa.....

Un ¡te adoro! ¡y un delirio!.....
túnica blanca con lazos.....
miradas de fuego..... abrazos.....
un ¡ay!..... un beso..... un suspiro.....

Rostro pálido..... un espejo.....
arrepentimiento..... llanto.....
la vergüenza..... el desencanto.....
maldición de un pobre viejo.....

Un ¡adios! que el viento zumba.....
una ausencia y un olvido.....
y un negro y liso vestido.....
y un hospital..... y una tumba.

El Cantor de Mayagüez.

HISTORIA DE UN LOCO

CONTADA POR EL MISMO

LAS causas más pequeñas suelen producir en ocasiones grandes efectos. Dígolo esto por lo que á mí me sucede, que es la cosa más singular y más extraordinaria que vieron nacidos. Que un hombre atacado de una manía de las muchas conocidas se halle á buen recaudo, por sí un día le pasa por las mientes estrangular á un amigo, justo parecerá á toda persona de buen sentido; pero que yo, que me encuentro exento de todo extravío, que observo extrictamente y pese á quien pese una regla de moral, me vea reducido á la mísera condición de loco, abuso es inconsiderado y cuyos autores merecen el más severo castigo.

Y volviendo á lo de las causas pequeñas y los efectos grandes, han de saber ustedes que cierta mañana leía yo con avidez un libro, de autor justamente reputado, y tropecé con la siguiente anacreóntica:

Bebamos, muchachas;
Ninguna descanse,
Y el vaso precioso
Su giro no pare:
Los ojos se nublen,
Los pechos se abrasen,
Los piés se entorpezcan
Las lenguas se atenen.

Que rabien las tías,
Que riñan las madres,
Que llueva, que truene,
Que nieve, que escarche,
Que rujan los vientos,
Que bramen los mares;
Más vino y más vino,
Más baile y más baile.

¡Pues señor! exclamé, esta poesía es mala: la forma vale poco, y en cuanto al fondo..... ¡Bueno andaría el mundo si las muchachas siguieran los consejos que en ella se les dan y sin hacer caso de padres, ni tías, se marcharan á beber vino y á bailar con los jóvenes! No, sino déjenme á mí andar al redopelo con una chica emancipada de todo humano respeto, algo alegrilla por naturaleza y aún algos por los traguitos del licor de Baco, y ustedes verán qué buena obra hacemos! No tiene duda: esta poesía no vale tres pepinos, y que me perdone Martínez de la Rosa si me atrevo á censurarle, que la verdad es primero que todo, y ante ella, como ante la muerte, deben ser iguales los que habitan ricos palacios y los que en miserables tugurios se acomodan.

Y revolviendo en mi cabeza esta idea, salí á la calle y me encaminé á casa de una señora muy discreta y muy instruida, á la que encontré leyendo un voluminoso *in folio*.

—Crea usted, me dijo, que tengo grandes simpatías por la señorita de La Valliere; la historia nos refiere que era una joven graciosa, si no bonita, elegante, de carácter tan dulce que cuando el rey Luís XIV le proporcionaba un disgusto, que era con bastante frecuencia, no salían recriminaciones de sus labios, sino lágrimas de sus ojos; tenía talento y no hizo daño á nadie, y cuando se vió olvidada por su..... por él, se retiró á un convento.

Recordé lo que me acababa de suceder con la anacreóntica de Martínez de la Rosa, sentí que mis ideas sobre la verdad se fortalecían, y contesté:

—Señora, cuanto usted dice es muy cierto; la señorita de La Valliere tenía todas las buenas cualidades que usted ha referido, pero al fin y al cabo..... yo no puedo disculpar su pasión porque se fijara en muy alto objeto; las flaquezas humanas no se han de disimular porque sean flaquezas reales; esa señorita, con todos sus títulos y sus buenas cualidades, no pasaba de ser una pobre y desdichada mujer, ni más ni menos que muchas otras que la sociedad rechaza de su seno.

—Pero considere usted, amigo mío, que el amor disculpa ciertos extravíos.

—La sociedad es la que los disculpa cuando la persona extraviada vive en elevada posición; que si es pobre, no encuentra esa misma sociedad dictérios bastantes para herirla. Pero la verdad es una, y yo estoy resuelto á decir la verdad y nada más que la verdad.

—Hay que guardar, sin embargo, consideraciones; el mundo se halla organizado de este modo y.....

—Nada, exclamé, exaltado por la oposición de mi amiga, y sintiendo que un sacro fuego ardía en mi corazón, nada; yo no guardaré, de aquí en adelante, consideraciones á nadie: la verdad es la verdad.

—Pero la ver
ocasiones; el m

—Bueno; pe
no la agena, y s
tera pantera, y
y la pantera por

—Usted se
pero no hemos
en grosería, en

—Lo bueno

—En teoría.

—Toda teorí

voy á practicar

—Tendrá ust

—Los tendré

estoy dispuesto

lante mi proyec

Y salí raspah

los ojos inflama

todo mi cuerpo

En vano proc

fija que me at

pero no mi espí

declaré su apóst

mis labios las p

¿Puede haber

más grande?

La primera p

á don Simplicio

tinguido; ha hec

que rechazan la

afanan con apla

de académico d

pertenece á una

cias políticas de

se limpia, fija y

Don Simplicio

lo que no conse

escritos pasen á

idea de sí mismo

fren sus amigos

que á todos aqu

Pero yo le en

ensalzar sus esc

—Es usted un m

usted no sabe gr

ciudad que trata

su ignorancia; p

bres de severida

Abrió los ojo

volviéndose á l

—¿Por qué me

trata?

—Yo no abor

á la verdad, con

Suelta ya la ri

á repartir verda

tándose en cont

yo, me trajo á es

—Pero la verdad desnuda no se puede decir en todas ocasiones; el mundo sería entonces una casa de fieras.

—Bueno; pero las fieras llevarían cada una su piel y no la agena, y sabríamos que el lobo era lobo y la pantera pantera, y no que ahora tenemos el lobo por cordero, y la pantera por gacela.

—Usted se equivoca; buena es la verdad, excelente; pero no hemos de exagerar esta virtud hasta convertirla en grosería, en atrevimiento....

—Lo bueno es bueno siempre.

—En teoría.

—Toda teoría, si no es absurda, tiene su práctica; yo voy á practicar en absoluto los preceptos de la verdad.

—Tendrá usted muchos disgustos.

—Los tendré, ¿qué me importa? exclamé exasperado; estoy dispuesto á todo. Ya verá usted como llevo adelante mi proyecto.

Y salí raspabilando de la casa, con la cabeza ardiente, los ojos inflamados, la boca seca, crispadas las manos y todo mi cuerpo agitado por un estremecimiento nervioso.

En vano procuré alejar de mi imaginación aquella idea fija que me atormentaba; mi cuerpo recobró la calma, pero no mi espíritu herido por la luz de la verdad; me declaré su apóstol y desde aquel día sólo pronunciaron mis labios las palabras que dictaba mi corazón.

¿Puede haber nada más justo, más digno, más noble, más grande?

La primera persona á quien disparé un escopetazo fué á don Simplicio, hombre que se dá aires de escritor distinguido; ha hecho sudar á las prensas obras empecatadas que rechazan las personas de buen gusto, mientras las afanan con aplauso los ignorantes, y pretende sentar plaza de académico de la lengua, alegando como mérito, que pertenece á una sociedad de elogios mútuos y de tendencias políticas de cierto género, muy influyente allí donde se limpia, fija y dá esplendor á nuestro idioma.

Don Simplicio es posible que consiga su objeto; pero lo que no conseguirá nunca es que sus malaventurados escritos pasen á la posteridad. Y se ha formado tan alta idea de sí mismo, y es tanta su pedantería, que si le sufren sus amigos y conocidos, es por ese maldito temor que á todos aqueja de decir lo que sienten.

Pero yo le encontré un día, y como me empezara á ensalzar sus escritos, le interrumpí con estas palabras: —Es usted un necio fastidioso; sus obras son detestables; usted no sabe gramática, ni tiene la menor idea de la sociedad que trata de describir; su pedantería es igual á su ignorancia; para zotes como usted se necesitan hombres de severidad probada como yo.

Abrió los ojos desmesuradamente don Simplicio, y volviéndose á las personas que nos rodeaban, exclamó: —¿Por qué me aborrece este caballero, que tan mal me trata?

—Yo no aborrezco á usted; lo que hago es rendir culto á la verdad, contesté al mismo tiempo que me alejaba.

Suelta ya la rienda, no hubo freno para mí, y empecé á repartir verdades, como quien reparte confites, levantándose en contra mía una cruzada que, más fuerte que yo, me trajo á este desdichado lugar donde me hallo.

A don Cándido, al hombre que pasa á los ojos de algunas gentes por símbolo venerable de la abnegación, le llamé político-veleta, cangrejo, motilón, despaviladera del sentido común; á don Lesmes el abogado, que hace interminables los pleitos, pero acaba con los bolsillos, ganzúa letrada; al médico don Trifón, que ejerce á un tiempo la alopátia, la homeopatía, la hidropatía y todas las patías del mundo, y que pregunta á los enfermos por qué sistema quieren curarse, lo cual prueba la fé que en todos ellos tiene, le apellidé Caronte del siglo XIX, que envía sus clientes al otro mundo en vapores de héllice; á doña Ramoncita, la vieja verde que pone los ojos en blanco cuando la mira un pollo, y lleva la cara más revocada que fachada de casa vieja, la dije que era una momia restaurada, un esqueleto con funda de pergamino, y la recomendé que hablara poco y blando para que con el aire no se le volaran los dientes.

Al hipócrita, le llamé sepulcro blanqueado, recordando las palabras de Jesucristo; al avaro, ladrón de sí mismo; puesto que roba su propia felicidad; al celoso, inquisidor doméstico; al cominero que cuenta los garbanzos antes de echarlos en el puchero y despues que de él salen, y arma una revolución si falta uno, alambique de la miseria; al jugador, defensor acérrimo de la necesidad, que necesidad es depositar la confianza en la voluble fortuna, al linajudo, hiena social, pues siempre anda revolviendo huesos; al maldiciente, rapabarbas de las honras; al cazador de novia rica, aunque sea vieja, sabueso de bolsillos; á la coqueta, capa de estudiante, que sirviendo á muchos suelta el pelo; á la chismosa, candil de taberna que por donde pasa mancha; á la romántica, jarabe simple por lo pegajoso y lo tonto; á la vieja casamentera, estafeta del demonio; á la orgullosa, palmera macho que se eleva hasta las nubes y no dá fruto.

Sembré verdades que fué como sembrar vientos y recojí recia tempestad. Primero se admiraron todos de mi osadía, despues hubo alguno que me aplicó el epíteto de maniático, y por último otro más atrevido me llamó loco.

Encontrada la palabra, todo el mundo la creyó exacta, porque halagaba su amor propio. ¿No era cosa agradable que el que había llamado á cada uno por su nombre, el que había puesto á las claras sus defectos, se encontrara fulto de razón? ¿Quién había de hacer caso de las afirmaciones de un loco? Así es que pronto me señalaron las gentes con el dedo y recibieron con risa mis verdades. La risa del conejo, señores míos, la risa del conejo.

A medida que crecía la hilaridad de los demás, crecía también mi desparpajo, y más de una vez hice salir los colores al rostro de un panzudo señor de campanillas, de esos que todo lo motejan y que ponen la ley en los pueblos y hacen obras de caridad parecidas á las de don Juan de Robles, ó de una señora de las que pasan por impecables á los ojos del mundo.

Y como la verdad tiene tantos enemigos, todos se volvieron contra mí, y un día se presentó en mi casa el médico del manicomio y me invitó á visitar el establecimiento; y yo, inocente, accedí á su ofrecimiento, y cuando traté de volver á mi casa me dijo rotundamente que

no estaba sana mi razón y que me vería obligado á ser su huésped por algún tiempo.

—Usted es un ignorante, exclamé con ira; yo tengo la cabeza más sana que usted, y ahora mismo vá usted á dejarme en libertad.

—Ya gozará usted de libertad cuando sea apto para ello; hoy no es usted digno de alcanzarla.

—¿Que no soy digno? Yo amo la libertad y haré cuanto pueda por conquistarla.

—Yo también la amo, pero estoy cuerdo y debo contener al que no lo está.

—Usted miente, grité furioso; usted ama su libertad, pero no la de los demás; usted es un tirano..... un.....

Y exasperado me levanté, cojí la silla y se la tiré á la cabeza; y fué fortuna que inclinó el cuerpo y recibió el golpe en un hombro; que si le acierto la puntería, aquel día es el último del director del manicomio.

El hombre gritó, acudieron algunos dependientes, me declaró furioso y me pusieron una camisa de fuerza.

Y aquí me tiene usted loco de remate, según dicen, pero en mi concepto cuerdo y muy cuerdo. Varias veces he solicitado mi salida del establecimiento con buenos modos y otras tantas me la han negado: no pocas he andado á trancazos con toda esta gente y el resultado ha sido ir á parar á la camisa de fuerza.

Ya no hay justicia en la tierra, me he hecho misántropo; mis semejantes me parecen tigres sedientos de carne humana, y repito sin cesar aquellos versos que escribió el inimitable Tirso en su comedia titulada *Los balcones de Madrid*:

Todos mi mal prevenís;
Loco, por todos padezco,
A todos os aborrezco,
Pues todos me perseguís.

Rafael Blasco.

CORRELACION

Como desde la playa contemplamos
la llanura marina,
tal vez desde los límites del aire
otros seres nos miran.

Y la poca importancia que á los peces
damos desde la orilla,
aquellos seres, desde el eter puro,
dán á nosotros la importancia misma.

El doctor Pésimo.

COSAS DE FULANO

El criterio, según el cual juzgan la generalidad de los hombres, actos, sucesos y circunstancias, es deficiente y á veces injusto, ya por la precipitación con que se observan los acontecimientos, ora por falta de discreción en la complejidad de circunstancias que en los sucesos concurren, ó, finalmente, por los intereses encontrados y miras é intenciones segundas que laten en el fondo de las cosas y que no salen á la superficie. Por tales motivos, fáciles de presumir, aunque difíciles de enumerar, se dice frecuentemente, que todas las cosas tienen su historia pública (la que flota en la superficie) y su historia secreta (la que se mueve y agita oculta en el fondo). De este modo, resulta casi siempre falible el juicio de la opinión y se puede sostener, con mediana habilidad y alguna dosis de malicia, lo que se llama *fábrica de opinión*. Estos medios arteros y engañosos, que sirven para desorientar el juicio de los incautos, consisten en hacer gala impremeditada de *estar en el secreto* de las cosas y explotar la credulidad de las gentes, suplantando la realidad por las apariencias, obrando hipócritamente y hurtando el cuerpo de una manera traidora á las consecuencias que pudiera provocar esta conducta falaz y doble.

Este mal social, crónico y generalísimo, es el que padecen los maldicientes perpétuos, los que acusamos de *lenguas de hacha*, y que son clasificables en el grupo de los roedores de la fama ó reputación ajenas. Cuidan diligentemente estos maldicientes, perseguidores continuos de lo pequeño, de lo nimio y de lo negativo en la vida, cual si fueran miopes ó vieran todas las cosas á través de un cristal ahumado, de *herir á mansalva*, por la espalda, para que no pueda devolverles el golpe ni aún aquel que tiene su honra amparada y defendida por cota de malla. A veces, resguardan su indigno proceder soltando el veneno de la maledicencia, por aquello de *calumnia que algo queda*, rodeada de un misterioso *se dice* que pone á salvo su responsabilidad individual, pues convierten entónces en autores de la bola de nieve de la calumnia, á todos, es decir, á nadie, ya que lo innominado, el *rum rum* de la opinión, es moneda que corre sin ley de contraste y que no necesita justificación ante los juicios precipitados é irreflexivos que hacemos ordinariamente.

La descripción exacta de estos tipos, exigiría una pluma como la de Larra; pluma bañada en sangre y en ocasiones mojada en cieno, para lavar lo innoble de la careta bajo la cual ocultan sus aviesas intenciones; pero hay la fatalidad de que son invulnerables, pues nunca se presentan como montaña de dificultades que hay que vencer, y siempre aparecen con aire sutil y mefítico que nos agovia y asfixia y cuyo contagio alcanza á todos. Para conservar su condición de invulnerables, aprenden á tirar la piedra y esconder la mano, aprendizaje que adquieren poniendo á contribución las flaquezas (fruto que todos cosechamos en abundancia) de cada uno y buscando el lado débil de aquel en que pretenden influir. Co-

mienza por ech
propio de aque
en ocasión má
opinión y simp
tono ligero, má
mo aparentand
la calumnia co
por venir adere
reforzada con
tela de juicio l
ni admitir disc
la lealtad del j
de la amistad)
abruman prueba
á salvo mas qu
que sólo persig
ojos y sacarnos

Y como el o
fatigados por la
frase que equiv
juicio contra t
llegan á tener e
encontrado mar
aparentemente
que algo y aún
de los más y
gentes.

A veces deci
y creemos dar
causa resonanc
ganamos comp
nos del enemig
que en su día h
del cual nos ap
saber cómo, cl
nuestra honra.
no sólo nuestro
hemos contribui
la fama exten
gentes inocent
aparece nuestra
tinuada por lo
nos han causad

Heridos arter
chado la mano,
mente por suget
buenos é inocen
nuestras heridas;
vicio, cuyo orig
parte de nuestra
ancha, merced á
silenciosamente
y amistades.

No debe sedu
el aparatoso pap
diestro y siniest
siempre *ex-cathe*
declarar lo buen
el canon de lo c

mienza por echar mano de la lisonja, excitando el amor propio de aquel con quien hablan, á reserva de arrojarle en ocasión más oportuna lodo y cieno. Ganan así la opinión y simpatía del incauto, y se permiten, después en tono ligero, más tarde con aspecto de seriedad, y por último aparentando certeza incuestionable, soltar el virus de la calumnia contra el ausente. Si toleramos la calumnia por venir aderezada con un chiste, al instante se muestra reforzada con algún dato; si discutimos y ponemos en tela de juicio la maledicencia, sin rechazarla noblemente ni admitir discusión sobre ella (que á todo esto obliga la lealtad del juicio y todo esto exige el sacratísimo lazo de la amistad), hemos caído en la emboscada y nos abruma pruebas y contrapruebas, en las cuales no queda á salvo más que la intención nobilísima del maldiciente, que sólo persigue el fin de quitarnos cataratas de los ojos y sacarnos de nuestro error.

Y como el oficio es continuo y la empresa sin término, fatigados por la lucha, decimos: «¡Vaya! cosas de usted,» frase que equivale á una patente de libre uso y abuso del juicio contra todo y contra todos. Los individuos que llegan á tener cosas logran ser invulnerables, porque han encontrado manera de censurar á todo el mundo, sin que aparentemente se les haga caso, pero consiguiendo al fin que algo y aún mucho de lo que dicen labre en el ánimo de los más y modifique el juicio y la opinión de las gentes.

A veces decimos con menosprecio: «Cosas de Fulano» y creemos dar á entender así que no produce eco ni causa resonancia lo que sale de sus labios; pero nos engañamos completamente y contribuimos á poner en manos del enemigo de todos (y por tanto nuestro) armas que en su día han de herirnos á nosotros mismos, peligro del cual nos apercebimos cuando nos encontramos, sin saber cómo, clavado el dardo y filtrada la ponzoña en nuestra honra. Queremos entonces rehacer de pronto, no sólo nuestro juicio, sino la opinión de los demás, que hemos contribuido á formar en parte, reduciendo á polvo la fama extendida respecto á estos individuos como gentes inocentes y bonachonas, y no es posible, porque aparece nuestra empresa retrasada en su iniciación y continuada por lo que nos interesa librarnos del daño que nos han causado.

Heridos arteralmente por aquel á quien hemos estrechado la mano, tomándolo por amigo, y flagelados cruelmente por sujetos que hemos declarado en otras ocasiones buenos é inocentes, apenas si logramos cicatrizar en parte nuestras heridas; pero nunca llegamos ya á desarraigar el vicio, cuyo origen y causa ocasional dimanar en gran parte de nuestra punible tolerancia y de una cierta manga ancha, merced á la cual estos pillos redomados se filtran silenciosamente entre los demás, ganando sus simpatías y amistades.

No debe seducir á ninguna persona sensata representar el aparatoso papel de *Catón inflexible*, que desparrama á diestro y siniestro lecciones de integridad y que habla siempre *ex-cathedra*, cual si poseyera la exclusiva para declarar lo bueno y lo malo y fijar de modo imborrable el canon de lo decente y de lo admisible; pero tampoco

debe ninguna persona bien sentida caer en el extremo opuesto, juzgando según el cómodo sistema del doctor Pangloss y dando por bueno en hombres y cosas cuanto le rodea, con tal de que no hiera ni perjudique personalmente. Este criterio, merced al cual se adquiere fama de hombre benévolo en el juicio, es debido, en unos á un mal disimulado egoísmo, á cuya sombra se restringe toda aspiración que no sea de tejas abajo, y en otros á una impremeditación y candidez, que pagan su tributo cuando el engrane, que es producto de la solidaridad social, les coge y aplasta en su marcha inflexible.

Los que anhelan ser tenidos por benévolos y tolerantes; los que, amigos de la flexibilidad y de plegarse á las circunstancias, no luchan abiertamente contra el mal aunque le reconozcan, son los mejor dispuestos, siempre que no se rocen con sus miras ó contradigan sus intereses, á conceder gratuitamente carta blanca, resguardo de impunidad y paso franco á la maledicencia. Si esta se halla cogida en el lazo, se suele decir: «No haga usted caso; esas son cosas de Fulano.» Ya que no se puede ocultar ni disminuir el mal, se quiere aparentar que no vale la lucha contra él, porque la persona que lo comete no tiene respetabilidad ni seriedad. Es preciso tener mucha cautela en conceder la patente, libre de toda traba, que se expresa cuando decimos: «Cosas de Fulano,» suponiendo que se deben estimar cuantos actos proceden de aquel sujeto con cierto espíritu de benevolencia, siquiera en ellos pueda decaer eclipse, y eclipse á veces total, la rectitud del juicio y la severidad de la honradez. Vamos por tales caminos á connaturalizarnos con una *ligereza* criminal en nuestros juicios y con un menosprecio nunca sancionable de los intereses permanentes de lo bueno y de lo justo. De este modo tenemos que llegar inflexiblemente, de igual manera que se deduce una conclusión de sus premisas, al extremo de que nuestra rectitud desfallezca y nos habituemos á contemplar impasiblemente el triunfo de la injusticia en el mundo. Y como el hombre, según dicen los positivistas, es un *animal metafísico*, inclinado á generalizar casos particulares en fórmulas, leyes ó máximas de conducta, llegaremos al fin de la jornada, aceptando como ley la impía máxima de «*piensa mal y acertarás.*»

Cada cual en su esfera de acción, amplia ó restringida, debe protestar contra esa maledicencia habitual, que fía el éxito de todos sus juicios en ver todas las cosas por el prisma de lo malo y de lo ruin. La obra que en este sentido debemos cumplir no es titánica, ya que no se necesita convertirse en caballero andante, desfacedor de entuertos ó en redentor crucificado por ajenas faltas. Basta á nuestro fin predicar de palabra y poner por obra en el juicio de cosas y personas menos ligereza y más circunspección, menos precipitación y más generosidad, circunscribiéndose cada cual en su límite á protestar de las ligerezas, injusticias y calumnias que nos rodean y circundan á cada paso en la vida, como medios ilícitos que emplean estos explotadores de la honra ajena, fustigando ahora á unos y luego á otros sin motivo ninguno y sólo con la perversa intención de levantar su pedestal con las ruinas que causan al rededor.

Si somos espectadores indiferentes de este cáncer so-

cial porque no nos afecta de momento, olvidamos la frase vulgar que condensa la solidaridad humana: «*hoy por tí, mañana por mí*»; y cuando nos encontramos heridos por armas esgrimidas á nuestra presencia y paciencia contra otros, gritaremos y nos quejaremos; pero será nuestra queja *vox clamans in deserto*; que muchas veces acontece que nos dolemos de la falta de solidaridad y mutuo auxilio, sin recordar que hemos sido los primeros en contribuir á colocarnos en el enjambre de la vida social, cual planta exótica que no desea contacto con las demás.

Cercenando nuestros instintos egoistas; ampliando nuestras miras generosas; protestando de lo que humildemente aparece como ligereza chistosa para convertirse en injusticia irritante; haciendo nuestra la honra de los demás, flagelada sin motivo, nos capacitamos para oponernos con mesura y severidad á que siga su marcha triunfal por el mundo el mal y lo negativo, y nos disponemos á desenmascarar á los que, á la sombra de: «*Cosas de Fulano*», sólo se proponen hacer daño á los demás.

«*Cosas de Fulano*» es frase que, aparentemente, nada significa; grano de arena que se pierde en la inmensidad del oleaje social, y que, en realidad, representa elemento corruptor, que dá á su hora frutos de maldición, pues lo engendra una indiferencia criminal, lo ampara y conserva un hábito perverso y lo desarrolla y completa la falta de caridad.

Contra estos *sepulcros blanqueados*, cizaña venenosa de la moralidad social, hay que emplear medios y procedimientos iguales, en el modo de usarlos, á los que sirven al maldiciente, siquiera la virtualidad interna que anime á la protesta en pró de la justicia y de la caridad diste de los usados por el calumniador más que distan entre sí los extremos del diámetro terrestre. La discreción del juicio, la serenidad y falta de pasión, el valor moral que gusta cobijarse á la sombra de lo bueno y de lo justo, son condiciones tan valiosas, que sus efectos y consecuencias no pueden apreciarse de momento, si con arte y constancia conseguimos depositar gérmenes que purifiquen la atmósfera viciada de la calumnia.

Como el mal abunda por desgracia, y si se le deja el campo libre no pincha, sino que hiere mortalmente y corta y saja, agranda el peligro y pide á voz en grito el medio natural de defensa, que debe comenzar por reserva y retraimiento prudentemente aplicados, á fin de no hacer coro á artes tan malévolas, y concluir por una protesta enérgica contra un sistema que no puede pasar desapercibido más que para el incauto ó para el que pretende seguirlo y explotarlo en la hora oportuna.

Quizás no bastan (tan hondo es el mal y tan graves sus consecuencias) estos medios para estirpar de raíz el vicio; pero son suficientes, por lo ménos, para evitar su propagación y para mostrar que estamos en guardia, y que no han de quedar impunes todas las felonías del mundo. En él (á pesar de su imperfección), existe la ventaja de que el mal es siempre cobarde, y para aniquilarlo basta en muchas ocasiones poner enfrente el bien. A ello ayudan la índole constitutiva del corazón humano (dotado de una inclinación congénita al bien) y el ojo

certero del criterio social, que llega (á veces tarde, pero al fin llega) á descubrir los cimientos de arena en que se apoya esta moralidad al uso, engañosa en sus procedimientos; pues se limita á dar un culto mentido á lo bueno, sin poner de relieve más que el mal, aumentado y acrecentado por la calumnia, y fatalísima para lo que más interesa á una vida honrada, que es la formación del carácter.

«*Cosas de Fulano*» es la máscara del hipócrita y el antifaz del envidioso, que no tiene más base de sustentación que la diligencia con que se exageran las imperfecciones individual y sociales. Por tal razón, los que llegan á obtener el triste privilegio de ser *hombres de cosas*, se revisten de cierta despreocupación y falta de respeto á todo miramiento social, gustan aparecer como sujetos que miran al fondo de las cosas y descubren el secreto que las anima, pero no tienen más defensa (pues su falta de carácter les hace carecer de valor moral) que la complacencia con que los demás les escuchan y la tolerancia que les otorgan. Negarles semejantes condiciones, á que no son acreedores, enseñarles de palabra y de hecho que se sabe fijamente donde ponen su punto de mira, es dar el primer paso (y en estas complejidades de la moralidad lo más esencial es el principio) para convencerles de que no gozan de ningún crédito, y de que estamos dispuestos á quitarles la careta.

Si la impunidad les anima, estemos en guardia contra los hipócritas; y sin alardes catonianos, pero con persistencia y energía de voluntad, hagámosles entender que la tolerancia no es ni puede ser Jordán en que laven sus culpas, sino que estas han de lavarse formando y conservando un carácter íntegro, noble y leal.

Urbano González Serrano.

LA HIEDRA Y EL OLVIDO

Como la hiedra cubre
los muros viejos,
tú cubres, dulce olvido,
nuestros recuerdos.

Las ruinas entonces
verdes y frescas,
nos parecen retoños
de primavera;

y sobre el llanto amargo
de la desdicha,
otra vez la ventura
se alza algún día.

J. Martí Folguera.

EL F



AS esp
los p
glés

á lo largo de
demostrar que
contrario de lo
nada poblados.

Las investiga
pañeros, entre l
Vialanes, Perrie
los abismos med
vivos. Se h
2.600 de profun
res (brizoarios
etcétera). Entr
galathodas casi
de pigmento.

A una profun
tura de las agua
13º grados sobr
caso de deseno
Mediterráneo.

es el aislamiento
del estrecho de
mente franquea
tercera circunsta
cia de grandes ca
des. El suelo
poco favorables
esos animales.

Estas pruebas
tienen en cuenta
mado para asegu

Mr. Emilio Bl
mia francesa de
y ha anunciado
un trabajo de exp
riberas mediterrá
de este trabajo h
y establecen que
reciente.

El intervalo q
formación, no pu
lógico; es un fen
nuestra vista.

Mr. Blanchard
de 1841 y 1861,
de Milnes Edwar

Cada vez es ma
fundidades medite
las regiones orient
á poblarse á med
en la vecindad de
emigraciones.

Las indagacion
realizadas en uno

EL FONDO DEL MEDITERRANEO

Las exploraciones de Morsu Forbes en 1841 en los parajes del mar Egeo y de otro sabio inglés en 1861 al Sur de Sicilia, y de Mr. Marion á lo largo de la costa de Marsella en 1875, parecían demostrar que los senos profundos del Mediterráneo, al contrario de lo que sucede en el Océano, estaban poco ó nada poblados.

Las investigaciones de Milnes Edwards y de sus compañeros, entre los cuales es necesario citar á Mr. Fischer, Vialanes, Perrier, Schlumberger, han dado á conocer que los abismos mediterráneos no están desprovistos de seres vivientes. Se han encontrado desde 1.068 metros hasta 2.600 de profundidad, representantes de especies inferiores (brizoarios, spongiarios, synantheras foraminíferas, etcétera). Entre ellos hay una especie muy curiosa de galathodas casi ciegas, puesto que sus ojos están privados de pigmento.

A una profundidad media de 250 metros, la temperatura de las aguas es perfectamente constante y queda á 13° grados sobre cero. Esta circunstancia explica ya el caso de desenvolvimiento de la vida en los abismos del Mediterráneo. Otra circunstancia que contribuye á ello es el aislamiento de esta vasta cavidad, porque el paso del estrecho de Gibraltar constituye una barrera difícilmente franqueable para las especies del Océano. Una tercera circunstancia explica también ese hecho: la ausencia de grandes conjuntos de peñascos en las profundidades. El suelo igual y resbaladizo, ofrece condiciones poco favorables á la reproducción y mantenimiento de esos animales.

Estas pruebas ofrecen grande interés, sobre todo si se tienen en cuenta los cuidados minuciosos que se han tomado para asegurar su exactitud.

Mr. Emilio Blanchard ha hecho resaltar en la Academia francesa de ciencias el mérito de estas indagaciones, y ha anunciado que llevará pronto á dicha corporación un trabajo de exposición de la fauna y de la flora de las riberas mediterráneas. Las conclusiones ó deducciones de este trabajo han sido ya formuladas por dicho sabio; y establecen que el Mediterráneo es un mar de formación reciente.

El intervalo que nos separa de los comienzos de esa formación, no puede contarse bajo el punto de vista geológico; es un fenómeno contemporáneo, si continúa á nuestra vista.

Mr. Blanchard no creía deber atribuir á los dragados de 1841 y 1861, grande importancia; las exploraciones de Milnes Edwards los confirman corrigiéndolos.

Cada vez es más seguro que la vida es rara en las profundidades mediterráneas, que ella es rara sobre todo en las regiones orientales, que estas profundidades empiezan á poblarse á medida que se avanza hacia el Occidente, en la vecindad del Océano, que es de donde parten las emigraciones.

Las indagaciones de los zoológicos y de los botánicos, realizadas en uno y otro lado al Sur y al Norte, les ha-

bían hecho presentir este fenómeno. Ellos habían probado en efecto, que de cada lado las especies análogas ó idénticas, se aproximan en zonas ordenadas, no según la latitud sino según la longitud. El mismo fenómeno se verifica entre la Indo-China y las islas de la Sonda.

La prueba de ello es que los peces de agua dulce pertenecen á las mismas especies en los ríos de Cambodge y en los de Sumatra.

LO QUE SOMOS TÚ Y YO

La mirada de un ángel, el encanto
del bien y la virtud,
envidia del candor y la inocencia.....
eso eres tú.

El ¡ay! del suspirar, las agonías
de una vacilación,
el sueño de una vida de esperanzas.....
eso soy yo.

La esencia de lo bello en este suelo,
de los astros la luz,
el hechizo de un mundo de atractivos.....
eso eres tú.

La lucha de dos seres que pelean
con idéntico ardor,
el recelo delante del cariño.....
eso somos tú y yo.

Pedro Sañudo Aufrán.

ANTIGUAS COSTUMBRES SOBRE EL CASAMIENTO

CON sólo el consentimiento del hombre y la mujer, el matrimonio, se contrae y hace; pero para que este consentimiento constase, fué necesario mostrarlo por palabras y señales exteriores, para lo cual ordenaron é instituyeron los hombres diversas palabras y ceremonias de casarse. De ahí las fórmulas y ceremonias que se usan en cada país, y de ahí el lado serio del matrimonio.

El hombre nunca está inactivo; siempre tiene proyectos; siempre está en continuo movimiento; su imaginación es un volcán. En los albores de su vida es pastor; el patriarcado es su forma de gobierno; la vida del aduar, vida nómada y errante, es su vida; el oasis del desierto es su templo.

Su compañera es tan indómita como él, y sólo el amor puede domar la impetuosidad de su carácter, amor que se satisface bajo el plátano y el sicomoro. Después

viene la civilización más ó ménos imperfecta, otros usos y costumbres, y aquel amor se encauza, se legaliza y se instituyen las ceremonias para casarse.

Las que los cristianos guardan y tienen, son bastante notorias, que no será menester recordarlas, y más ahora que abolido en España el matrimonio civil, queda sólo la *vicaria* para doblar el cuello á la coyunda.

Pero de los romanos y bárbaros, contaré algunas costumbres que tenían en sus casamientos.

Los antiguos romanos, según escribe Cicerón en los *Tópicos*, de dos maneras se casaban, y así tenían clases de mujeres, según las diversas ceremonias de casarse. La una era más común, y se llamaba *matrona*; la otra era de las que se llamaban *madre de familia*, y el casamiento hacíase como el nuestro, con poca diferencia. Era costumbre entre romanos, que cuanto llevaban la novia á casa del marido, en llegando al umbral de la puerta, se paraban y no entraban, hasta que la obligaban á ello forzándola y tirando de ella, con lo que se daba á entender que donde iba á perder la virginidad pareciese que iba forzada. Y así mismo, cuando la daban y entregaban á su marido que la llevase, la sentaban en las faldas de su madre, para que allí la tomase su marido por fuerza, defendiéndose ella, y asiéndose á su madre; y esto lo hacían en memoria del robo de las Sabinas por los romanos.

También debía la desposada tocar el fuego y el agua con la mano, significando por estos dos elementos la generación, porque son la principal causa de engendrarse y criarse las cosas. Tenían también los romanos por mal agüero casarse en el mes de Mayo, porque decían que era el mes de las ceremonias tristes y había una cierta ceremonia de luto en la sacerdotisa de Juno Demos. De lo dicho tenían también por ceremonia y costumbre los romanos, cuando alguna se casaba, al entrar la novia por la puerta de la casa del marido, gritar: «¡Cayo Cecilia y tú Cayo Cecilio!» y esto se hacía porque en tiempo de Tarquino, rey de Roma, hubo una mujer castísima y muy sabia llamada Caya Cecilia, para que se acordasen de imitarla.

Llevaba también delante la novia, cuando la acompañaban á su casa, una rueca—hoy llevarían un piano—alta, con un poco de lana en ella, por acordarse las cosas en que se había de ejercitar la buena mujer.

Los babilonios acostumbraban á casar las doncellas juntándolas todas en un sitio público, y la primera de todas, la más hermosa, se casaba sin dote; antes la daban al que más daba por ella, es decir, á *pública subasta*, y así iban por las otras en ménos grado hermosas, hasta llegar á las feas, que las daban *gratis*.

Parece que los franceses, aunque de esto no estoy seguro, tenían por costumbre, para que sus hijas no se quejasen de mal casadas, el convidar gran número de mancebos el día que querían casar á su hija, de los que les parecía que serían apropósito para el caso; y estando en el convite, la daban facultad y licencia que entre todos los comensales eligiese aquel que le hubiese llenado el ojo, y tenían por señal que aquel que fuese visto ella elegir, á quien primero le diese una sortija, y él la acep-

tara recibéndola con gran voluntad, ya estaba todo arreglado.

Pero esto no es nada comparado con la costumbre establecida en Leprin, ciudad de Africa, donde la recién casada enviaba á pedir una olla á su suegra, la que respondía que *no la quería prestar*, y hacíase esto, para enseñar la mansedumbre á las *nueras*.

Los masajetas casaban cada uno de ellos con una mujer sola; pero en siendo casados, era su mujer común á los otros.

Los árabes tenían por costumbre que la mujer que con uno se casaba, era común á todos los deudos y parientes del marido. Por manera que la que tenía una larga parentela podía decir le había caído que hacer á su esposo. Según refiere Estrabon en su libro diez y seis, cuando uno de los dichos deudos *visitaba á la hembra*, dejaba á la puerta de la casa un báculo ó vara, para que si otro viniese conociese y entendiéndose que estaba ocupada la posada y debía tomar turno, como si se tratase de cambiar billetes del Banco, y tenía pena de muerte el que galanteaba á mujer agena, si no fuese deudo del marido.

Y porque se vá haciendo demasiado largo este artículo, concluyo llamando la atención hacia esas costumbres, mezcla confusa de sabiduría y barbarismo, diciéndole al pensador y al indiferente y diciéndome á mí mismo, que el progreso es innegable y se manifiesta en una de sus fases más brillantes, en el respeto en que hoy se tiene á la mujer, compañera del hombre y ángel tutelar de la familia; y así como el niño pasa por grados de la inocencia á las pasiones, de la infancia á la juventud, la civilización, el progreso y mejoramiento de las costumbres, vá también por grados ejerciendo su saludable influencia en las sociedades modernas.

Rafael Sevilla.



Sección de Agricultura

CONSERVACION DE FRUTAS

REPETIDAS veces hemos recibido consultas de algunos suscritores, preguntando unos, de que medio han de valerse para conservar la fruta, sobre todo la llamada de invierno, á fin de que su venta fuese más ventajosa, y otros extrañándose de que actualmente no pueda conseguirse conservar las frutas, como según tradición sucedía hace bastantes años.

Vamos á intentar satisfacer los justos deseos de todos, cumpliendo así la misión que nos hemos impuesto.

Para ello examinemos qué agentes destructores son los que actuando sobre la fruta, facilitan ó promueven su

desorganización evitando su pro- mos propues-

Adviértase q fruta en estado bol, y no de l ser bien conoci

Los principa orgánica, ya se la humedad.

si actúan sepa por consiguien en cualquiera desde el momen uno de los tres

Esta es una A ella obedece la materia orgá siguen distintos tudiarlos, verem la acción del que se desea co

Mas como n en absoluto la destrucción, de elección y prep que en este cas cuidados sean

Desde luego tria el clima de ceso y las nieb la conservación neficios decrec

Los climas t medos, son los ocupa. Pero r des de frutas p maduración tu

Con estas co llamadas de i otras, como la ovo, que dura p po, por cuidado

Hecha la ele servación, hay una vegetación podan cortos y está próximo á

En general, deben regarse resulte poco a abundancia, en tiempo sin estr

No hay par tiempo; por el quirido todo su mine la madura latinamente, y darará en buen

desorganización, y dicho se está que conocidos estos y evitando su presencia, conseguiremos el fin que nos hemos propuesto.

Adviértase que vamos á tratar de la conservación de la fruta en estado natural, esto es, tal como se coje del árbol, y no de los procedimientos industriales, que sobre ser bien conocidos están fuera de nuestro propósito.

Los principales agentes de destrucción de la materia orgánica, ya sea animal ó vegetal, son: el calor, el aire y la humedad. La acción de estos tres factores es nula, si actúan separadamente ó falta cualquiera de los tres; por consiguiente, la conservación de la materia orgánica en cualquiera de sus infinitas formas, quedará asegurada desde el momento que la sustraigamos á la acción de uno de los tres agentes mencionados.

Esta es una regla general y que no tiene excepción. A ella obedecen todos los medios conocidos de conservar la materia orgánica, y á pesar de que para conseguirlo se siguen distintos procedimientos, si nos detenemos á estudiarlos, veremos que todos ellos tienen por objeto evitar la acción del aire, privar de la humedad la sustancia que se desea conservar ó sustraerla á la acción del calor.

Mas como no siempre es fácil ó económico conservar en absoluto la presencia de alguno de estos elementos de destrucción, de aquí que tenga gran importancia la elección y preparación de lo que se quiera conservar, y que en este caso particular es fruta, para que nuestros cuidados sean mejor recompensados.

Desde luego influye de un modo notable en esta industria el clima de la localidad. Si este es lluvioso en exceso y las nieblas son frecuentes, como si es muy cálido, la conservación se dificulta, y, por consiguiente, los beneficios decrecen.

Los climas templados, mas bien algo fríos y nada húmedos, son los más apropiados para el objeto que nos ocupa. Pero no es esto todo: hace falta elegir variedades de frutas propias para la conservación, que sean de maduración tardía, lenta y además resistentes.

Con estas condiciones cumplen algunas de las frutas llamadas de invierno, y decimos algunas porque hay otras, como la pera llamada *real* y por otros *mantea de oro*, que dura poco en buen estado, y resiste poco tiempo, por cuidado que se tenga.

Hecha la elección de variedades adecuadas á la conservación, hay necesidad de evitar que los frutales tengan una vegetación excesivamente vigorosa, y para esto se podan cortos y se riegan poco, sobre todo cuando el fruto está próximo á terminar su crecimiento.

En general, los frutales destinados á la conservación, deben regarse todo lo ménos posible, para que la fruta resulte poco acuosa, y si bien esta se dará con ménos abundancia, en cambio la obtenida se conservará largo tiempo sin estropearse.

No hay para qué tener la fruta en el árbol mucho tiempo; por el contrario, debe recogerse así que ha adquirido todo su tamaño ordinario, sin esperar á que termine la maduración, porque esta se verifica después paulatinamente, y cuanto más lenta sea tanto más tiempo durará en buen estado.

Así que la fruta termina su crecimiento, ya nada toma del árbol, pues la maduración no es otra cosa que una transformación de jugos, en cuyo fenómeno ninguna participación tiene la planta que la sustenta.

Debe recogerse de los frutales en día claro y cuando el sol esté bastante alto, nunca en día lluvioso, y debe suspenderse la recolección cuando el sol pierda fuerza. Las horas mejores son desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

A medida que se recoja la fruta, se coloca en una habitación fresca y seca, extendida sobre paja y nunca amontonada, pues así se hieren ó recalientan, cosas ambas que impiden su conservación.

Antes de llevar esta fruta á las habitaciones ó fruterios, se procede á una escrupulosa elección, separando las que son defectuosas, estén agusanadas ó mal tratadas. Las que del reconocimiento resulten aceptables, se las limpia con un paño, y sería muy conveniente revestirlas con papel de hilo sin cola.

Las frutas en esta disposición, se llevan al frutero donde pueden colocarse en estantes sobre arena, salvado, ceniza lavada, paja, hojas secas, tamo, etc., etc., ó colgadas del techo, ó, en fin, dentro de cajas ó toneles con cualquiera de los cuerpos que acabamos de mencionar.

Sea cualquiera la forma en que se coloque la fruta, es indispensable que no soporten peso, y que los frutos entre sí estén separados.

A pesar de todas estas precauciones, es preciso revisar con frecuencia el frutero, para quitar las frutas que empiecen á alterarse, y tener mucho cuidado de conservar el local con la temperatura conveniente.

Es difícil encontrar una habitación que reúna las condiciones necesarias á todo buen frutero, y por esto es de la mayor importancia el esmero, la limpieza y la actividad.

Para terminar, diremos que la conservación de frutas, es *siempre* posible si se poseen variedades adecuadas, local conveniente y buena dirección; cualquiera de estas precisas condiciones que se omita hace imposible la conservación.

A. M.

ENFERMEDADES MÁS COMUNES DE LAS PLANTAS

Y MEDIOS DE CURARLAS

Conclusión (1)



A mic: Esta enfermedad es producida por un exceso de savia, principalmente en los años de sequía: ataca particularmente al lúpulo y se manifiesta por el color oscuro que toman las hojas y el tacto liso y pegajoso por el envés de las mismas. Para curar esta enfermedad es suficiente hacer en el tallo dos ó

(1) Véase el número 61.

tres sangrías. La incisión debe hacerse trasversal. Conviene repetir diariamente esta operación hasta que las hojas vuelvan á tomar su verde natural.

La operación debe practicarse por la mañana temprano.

Musgo: Enfermedad que ataca particularmente á los árboles viejos y á los de paisés espuestos á las nieblas y á los vientos de mar. El remedio es descubrir el árbol hasta las raíces hacia mediados de Agosto, se llena el hoyo de retama y se cubre con buena tierra. El estiércol de ovejas es también muy excelente contra el musgo.

Moho: El moho en las plantas vulvosas y tuberculosas se agarra á las raíces y las hace perecer. Se conoce esta enfermedad en el color amarillento de las hojas. La causa es debida, por lo regular, á la humedad del suelo. Entre las plantas de adorno ataca esta enfermedad principalmente, á las azucenas, anémonas y ranúnculos y entre las de huerta á las cebollas y cebolletas.

El remedio es descubrir la planta para echar un poco de carbón en polvo. Se previene esta enfermedad echando sobre las eras ó tablares antes de depositar las semillas ó las plantas, dos centímetros de espesor de carbón en polvo ó encalando el terreno.

Podredumbre: Es una disolución que en los vegetales leñosos ataca la madera del tronco, empezando por la copa y descendiendo insensiblemente hasta las raíces.

Esta enfermedad sobreviene principalmente á los árboles que se les ha roto ó cortado alguna rama de un grosor considerable. Las astillas que quedan de las ramas cortadas, forman al podrirse huecos llamados abrevaderos ó goteras que detienen el agua de las lluvias.

Es preciso no dejar estas astillas en las ramas cortadas, porque no cubriéndose nunca de corteza, daría lugar á que el agua pudriese la madera.

Cuando haya que cortar ramas, será preciso escoger las que tienen de cinco á seis centímetros todo lo más de circunferencia, para que la corteza del tronco pueda cubrir más fácilmente y más pronto la llaga antes que las lluvias echen á perder la madera. Los cortes deben hacerse oblicuamente al horizonte para que pueda escurrirse el agua.

Antonio Lahorra.



Crónica de la Quincena

No hay de qué, ni es posible aguzar el ingenio para inventar la de la presente quincena. El calor ha entrado en su apogeo y Castellón ha quedado completamente desierto; siguiendo la gente *com' il faut* remojando sus distinguidas personalidades en

las saladas aguas del mar. Con tan higiénico objeto, se hallan muy concurridas nuestras deliciosas playas del Grao, en el que reina una animación extraordinaria.

A los que aquí quedamos, por desgracia, nos consuelan algún tanto las sonoras cadencias con que la banda militar de Otumba regala nuestros oídos en el paseo de Ribalta todas las noches de jueves y domingos. Los efectos de la emigración se han dejado sentir en las últimas veladas. Deseando estamos que termine el mes de Agosto, para cuanto antes dar la bienvenida á los emigrantes.

Los Jochs Florals celebrados este año por el *Rat-Penat* en Valencia, han sido, como los años anteriores, lucidísimos; teniendo una verdadera satisfacción por parte nuestra, al contar entre los premiados á los distinguidos é ilustrados colaboradores de esta REVISTA, los señores don Juan A. Balbas y don José Nebot Pérez, á quienes damos nuestra más sincera enhorabuena, así como felicitamos á la Sociedad del repetido *Rat-Penat*, porque con estas fiestas literarias y la solemnidad extraordinaria con que las prepara, se hace acreedora á las simpatías, no sólo de los valencianos sino del mundo entero, que por ellas así como por sus usos y costumbres, podrá juzgar de su cultura y civilización.

No podemos decir otro tanto de nuestra capital.

Entusiasmados completamente en la lectura de la descripción que hacen los periódicos de la fiesta anterior, así como de su *Exposición regional* y *Congreso sociológico y pedagógico*, llega á nosotros la noticia de que muy pronto es probable comience la reedificación de nuestra casi derruida plaza de toros, y que los emprendedores de tal reforma piensan invertir en ella una *respetabilísima* cantidad.

¡Vaya una gloria! La mayor parte de las capitales de provincia y poblaciones que no lo son, que cuentan hasta con menos recursos, tienen un Teatro, del que carece Castellón.

Nosotros, pues, protestamos desde luego contra la reforma anunciada. Es verdad que esos señores *emprendedores* tienen derecho á emplear sus capitales como mejor les parezca; pero también tienen ese mismo derecho, y no solo este sino la obligación, el gobierno y sobre todo las autoridades provinciales y municipales, de las cuales pende la realización del proyecto, á no autorizar la reconstrucción de edificios que representan un padrón de *retroceso* y de *barbarie*.

Por algo figura nuestra capital, según estadísticas que en anteriores números de nuestra REVISTA tenemos publicadas, de las últimas en materia de instrucción.

Y así se comprende: Que un ciudadano pacífico recibiese há pocos días una tremenda puñalada que le dejó muerto en el acto, en uno de los sitios más públicos de esta capital próximo á una taberna. El muerto y el presunto autor eran jornaleros.

Que el día 2 de l
che y en sitio todav
» algunos individuos
» duciéndose con es
» odioso espectáculo
cuando en cuando l
Y que como todo
la sesión celebrada
fuese asimismo un
nuestras noticias, fa
viesen bofetones.

Es conveniente, p
des remediar el mal
cer mucho y á ellas
defectos de que ad
con sus disposiciones
costumbres.

La prensa local de
y por eso lamentam
dad de Castellón ha
con sus escritos dan
periodistas. No son
para juzgar quién ó
proceder ó del mal
otros, repetimos, se
siéramos que termina
todos nuestros colega
ventajas que entónce
periodista, en nuestr
lectores vean en él, a
y á la verdad; y apen
que no pueda mostra
comentario alguno i
redacciones muestren
gan menos altercado
del día; más filosofía
se apodera de las noc
á los principios; y, so
no zaherirse en el mi
no provocarse impru
ó haga, no se discute
le lanza al rostro el d

Estos días se habla
vienen llenos de notí
tan terrible epidemia
do de la estación y á
los gobiernos, hasta p
levantado un clamore
tenas, no creemos pue
mos invadidos por aqu

Sin embargo, aún
nuestras autoridades l
higiénicas estén á su

Que el día 2 de los corrientes tuviese lugar por la noche y en sitio todavía más público, «una colisión entre algunos individuos muy conocidos en la población, produciéndose con este motivo un grave escándalo y un odioso espectáculo.» Aquí los protagonistas visten de cuando en cuando *levita*.

Y que como todo guarda proporción en este mundo, la sesión celebrada el día 4 por nuestro Ayuntamiento fuese asimismo un verdadero espectáculo; pues, según nuestras noticias, faltó también muy poco para que *llovisen bofetones*.

* *

Es conveniente, pues, que procuren nuestras autoridades remediar el mal que lamentamos. Ellas pueden hacer mucho y á ellas toca en primer lugar corregir los defectos de que adolece nuestra sociedad; procurando con sus disposiciones contribuir á mejorar sus usos y costumbres.

La prensa local debe asimismo cooperar al mismo fin, y por eso lamentamos, como se lamenta la buena sociedad de Castellón hace unos días, de ese pugilato á que con sus escritos dan lugar personas que se vanaglorian de periodistas. No somos ni nos consideramos bastante para juzgar quién ó quiénes sean los culpables de tal proceder ó del mal de que nos lamentamos y con nosotros, repetimos, se lamenta la buena sociedad; pero quisieramos que terminase, y á ello dirigimos un ruego á todos nuestros colegas locales. No es fácil imaginar las ventajas que entónces produciría la prensa periódica. El periodista, en nuestro concepto, debe procurar que sus lectores vean en él, antes que todo, fidelidad á la virtud y á la verdad; y apenas hay asunto de que se ocupe, en que no pueda mostrar esta fidelidad, sin agregar cosa ó comentario alguno incongruente. Se necesita que las redacciones muestren ménos pasión de partido y sostengan ménos altercados sobre cuestiones de poca entidad del día; más filosofía política; más de la inteligencia que se apodera de las nociones y eleva al lector de los hechos á los principios; y, sobre todo, no atacar personalidades, no zaherirse en el mismo sentido mutuamente, y, en fin, no provocarse imprudentemente. Con quien tal intento ó haga, no se discute ni se le contesta: Con el silencio se le lanza al rostro el desprecio.

* *

Estos días se habla mucho de cólera, y los periódicos vienen llenos de noticias recibidas acerca del estado de tan terrible epidemia en Egipto. Atendido á lo avanzado de la estación y á las medidas adoptadas por todos los gobiernos, hasta por el inglés, contra el que se había levantado un clamoreo por no haber establecido *cuarentenas*, no creemos puede haber temor alguno á que seamos invadidos por aquella plaga.

Sin embargo, aún sin ese temor deben, por parte de nuestras autoridades locales, adoptarse cuantas medidas higiénicas estén á su alcance, para que la salud pública

no se resienta; y al efecto, llamamos la atención de las mismas sobre las precauciones que á continuación insertamos, tomadas de una Memoria redactada por el doctor Buchanan, jefe del servicio sanitario de la Gran Bretaña, y que recomienda se tomen en aquellas localidades en que, como en la nuestra, no está perfectamente bien montado el servicio de aguas y alcantarillas, como muy eficaces con el fin de disminuir los peligros de los ataques de aquel.

«1.º Se debe hacer una inspección inmediata y minuciosa de todos los sitios en los cuales haya el menor peligro de contagio en las aguas, ya provengan de orígenes públicos ó privados. Se debe hacer todo lo posible para que desaparezca la polución, y si esto no es posible, prohibir que se beba el agua.

2.º Se debe remover de los pueblos toda clase de basura y los restos arrojados de las casas; impedir que se renueven y amontonen; examinar y componer las alcantarillas ó tubos que dejen entrar en las casas malos olores, y hacer limpiar y lavar repetidas veces con agua de tal, las casas y sus dependencias, como cuadras, patios, corrales, etc., etc., sobre todo las que estén bastante ocupadas.

3.º Que el agua que se consuma tenga la menor impregnación de aguas vertidas de las casas, de filtraciones, de escusados, estanques y parajes sucios que pueden infiltrarse en el servicio de aguas; y

4.º Que se respire aire que contenga efluvios de las mencionadas impurezas.»

Debe el público comprender que las preinsertas precauciones nunca son inútiles. Al contrario, tienden á prevenir y disminuir otras enfermedades más graves y mortíferas á la larga que el cólera.

Lo que se gana en salud pública es ganancia para todos, para ricos y pobres.

* *

En Palma de Mallorca se ha constituido una junta de señoras para organizar un Congreso femenino, tomando varios acuerdos, todos ellos con el fin de contribuir á que la mujer ocupe el puesto que moral, intelectual y materialmente le corresponda dentro de la civilización moderna. Estamos conformes, y puede contar desde luego la junta con el concurso que de nosotros solicita en atenta circular que hemos recibido; y ya que de congresos femeniles nos ocupamos, concluyamos con la noticia de otro muy original.

* *

En el estado de Pensylvania, se ha fundado un *Club de suegras*, cuyo cometido es contrarestar los infames manejos que una *Corporación de yernos* urde contra tan respetable clase. Una de las primeras decisiones de la reunión ha sido la de convocar un Congreso general de la clase en Nueva-York, donde se trate de los hijos políticos, sin que la humanidad resulte perjudicada. Miss Clarence Garner propone, como medio de conciliación entre ambas

clases, que los yernos juren al casarse, respeto, consideración y cariño á la mamá de la esposa, y que la falta de cualquiera de estas condiciones pueda ser castigada con tres penas, desde arresto á muerte.....

Mucho cuidado, lector,
que ahora la cosa es más fuerte;
si no mimas á tu suegra
te puede causar la muerte.

Ego.



Sección oficial

ADMINISTRATIVA Y DE CONSULTAS

PROCEDIMIENTO CONTENCIOSO. Según se ha declarado con repetición, los plazos para interponer la demanda recurriendo en vía contenciosa, son fatales é improrrogables por su naturaleza, y, en tal concepto, no procede admitir la demanda que ya transcurrida se interponga.

R. O. Mayo 1883. Gac. 22 id. id.

AGUAS. Al resolver un Gobernador por medio de una providencia que se atengan los pueblos en la distribución de aguas á las costumbres establecidas y á lo que disponen las ordenanzas, lo hace en virtud de las facultades que á la Administración corresponden, sin que pueda admitirse ni darse curso al interdicto incoado después para dejar sin efecto una providencia administrativa dictada con competencia para ello.

R. O. 27 Abril 1883. Gab. 15 Mayo id.

ID. Cuando en un interdicto no se ha dictado providencia alguna administrativa autorizando los actos ejecutados por los despojantes, quienes por lo tanto obraron en virtud de derechos que creyeron asistirles sin que la Administración interviniera en ello ejecutando actos que como la corta de árboles y el apropiarse terrenos de la parte actora, todos ellos independientes del carácter público de la acequia objeto del interdicto, la cuestión está reducida á apreciar los derechos que un particular cree lesionados por actos llevados á cabo por otro particular, y su decisión corresponde á los tribunales ordinarios.

R. D. 10 Marzo de 1882. Gac. 17 id. id.

MINAS. Al no derogar el artículo 22 del decreto-bases de 29 de Diciembre de 1869 en la parte relativa á la vigilancia que debe ejercer la Administración sobre los trabajos mineros en lo referente á la policía y seguridad

de los mismos, los preceptos del artículo 68 del reglamento, no cabe dudar de que la legislación vigente no otorga á las concesiones mineras el carácter de la propiedad acotada, en la cual á nadie le es lícito entrar sin permiso del propietario; y, por tanto, no reside en los concesionarios de minas el derecho de impedir el acceso á las mismas á los ingenieros que necesiten visitarlas para el mejor desempeño de los cargos oficiales de que se hallen encargados.

R. O. 17 Mayo 1883. Gac. 27 id. id.



Sección Comercial

ESTADO DE LOS PRECIOS

que han obtenido los principales artículos, el día 13 de Agosto, ó sea el último de mercado en esta capital.

Peso ó medida	GÉNEROS	VALOR de la unidad en	
		Plas.	Cs.
Hectólitro.	Trigo.	23	34
	Maíz.	15	06
	Habón.	15	06
	Arroz de 1. ^a	45	18
	Id. de 2. ^a	42	17
	Id. de 3. ^a	37	65
	Habichuelas.	33	13
Quintal métrico.	Arbejones.	»	»
	Paja.	5	33
	Carbón de encina.	9	70
	Harina de 1. ^a	45	81
	Id. de 2. ^a	41	46
	Id. de 3. ^a	34	92
Kilógramo.	Algarrobas.	10	70
	Yerba seca.	11	64
	Carnero.	1	88
	Oveja.	1	75
	Vaca.	2	40
	Tocino.	2	50
	Cáñamo ^h	1	»
Litro.	Patatas ^h	»	07
	Higos ^h	»	»
	Aceite.	»	99
	Aguardiente.	»	89
»	Vino.	»	45

Nota. En dichos precios vá incluido como satisfecho el impuesto por consumos de las especies gravadas. Estos son las que no llevan arterisco.

Imprenta de La Asociación Tipográfica



SUMARIO
por J. Güell M.
Nilo de Sabau
man.—1 a piec
Gased.—Influen
na.—SECCION

El

Ios ho
vida
que
vesando y á la
das en todas las
causa fundamen
turbulencias es
que tan vivamen
pa todas las int
la humanidad.

Al decir prob
la relación que
purar los vicios
ja organización
de distintas espe
capitales del ho
blema sea tamb
la organización
mentos compon
minaciones dive